



Quiero saber la verdad: Fr. Tomás de Aquino, O.P.¹

“El error acerca de las criaturas lleva a afirmaciones falsas sobre Dios” [*error circa creaturas redundat in falsam de Deo sententiam*] (*Suma contra Gentiles*, 2,3,6).

Santo Tomás buscó en la Biblia, en la Sagrada Escritura. Estaba convencido de que Dios se ha adelantado a mostrar la verdad a los hombres y mujeres. De lo contrario, sólo llegarían a ella “pocos, después de mucho tiempo y con muchos errores” (*Suma Teológica*). Y luego buscó y rebuscó en todas partes y en todas las personas. Consultó a filósofos y teólogos, a creyentes y no creyentes, a cristianos, judíos y árabes... a eclesiásticos y civiles... Buscó en la religión, en la política, en la economía, en la sociedad... Buscó en todas partes, porque en cualquier parte se pueden encontrar huellas de la verdad, y desde ahí podemos seguir el rastro de la verdad total.

¿Y qué encontró?

Encontró que el ser humano es cuerpo y alma a la vez, que está hecho de materia y espíritu. Algo tan obvio fue definitivo para su pensamiento. El cuerpo no es malo; la materia, tampoco. Nada de dualismos. Cuando Tomás lo descubrió, a pesar de que era hombre calmado y pacífico, dio un puñetazo en la mesa y exclamó: “¡Se acabó el maniqueísmo!” Estaba comiendo a la mesa de San Luis, el rey de Francia.

Porque somos seres de carne y hueso, nuestro conocimiento comienza por los sentidos: el gusto, el tacto, el oído, el olfato, la vista. Estas son las ventanas por las que el mundo llega a nosotros y nosotros nos asomamos al mundo. Son los canales por donde nos llega la corriente de información que luego procesa nuestro entendimiento. Pero los sentidos nos engañan con facilidad. Por eso hay que ser “razonables”, hay que usar la razón para distinguir lo que es realidad de lo que es pura apariencia. [...]

Tomás contempló este mundo extasiado. Y vio que todas las cosas eran buenas. Creyó y defendió la bondad de la creación. Y hasta llegó a decir que contemplando las maravillas de esta creación podemos encaminarnos hacia el conocimiento de Dios. Un universo tan movido, tan ordenado, tan armonioso, tan maravilloso... da que pensar. ¿No habrá un Dios detrás de tanta maravilla o en el corazón de tanta maravilla? Santo Tomás no quería demostraciones científicas de la existencia de Dios; pero sí quería encontrar caminos que nos permitieran rastrear las huellas y los vestigios de Dios hasta llegar a Él. El mundo no es obstáculo para el conocimiento de Dios. Es un punto de partida importante para ir a su encuentro.

Tomás no habló de la diferencia entre el ser y el tener, como lo hacemos hoy. Eran otros tiempos. Pero sí habló de la importancia de ser. Y, como buen creyente, entiende que todos los seres, menos Dios, son seres creados, son criaturas. Que son buenos, porque participan de la bondad de Dios. Y los seres tienen tanta más bondad y más perfección cuanto más próximos están a Dios. Aquí el ser humano es un agraciado. Ocupa un lugar privilegiado en el cosmos. La inteligencia y el amor son su carta de presentación. Es un ser a la vez corpóreo y espiritual: su excelencia está en su capacidad de conocer y de amar. Por eso es imagen de Dios. [...] Allí, en el fondo de su ser, late un instinto natural de encontrarse con el Absoluto. Santo Tomás lo llamó “deseo natural de ver a Dios”.

Tomás estaba convencido de que el ser humano está creado para la felicidad. Aunque él la llamó “bienaventuranza”, pero es lo mismo. A nosotros y a nuestros contemporáneos nos llama la atención que coloque la felicidad “en la contemplación de Dios”. ¿No la podía colocar un poco más abajo y más al alcance de la mano? ¿Estamos tan acostumbrados a buscarla por otros caminos y a ponerla en otras cosas! Esa verdad que era tan firme para Tomás hoy nos sorprende en esta cultura del bienestar. [...] La experiencia nos dice que ni el mucho tener ni el mucho acumular es garantía segura de felicidad.

Tomás considera que toda la vida humana debe orientarse en esa dirección. Por eso hay que ser “razonables”, hay que poner actos que se ajusten a la razón humana. Y cuando estos actos se repiten se va creando en las personas una especie de hábito o instinto para la bondad y la verdad. Cuando nos armamos con este hábito y este instinto entramos en el camino de la vida virtuosa. Y aparecen las virtudes cardinales: la prudencia, la fortaleza, la justicia y la templanza. Así nace el ser humano ético. Pero Tomás insiste en la importancia de la conciencia como última instancia para el juicio moral: es obligatorio actuar en

conciencia, y lo es también formar la conciencia, para no llamar conciencia a cualquier cosa.

[...] Tomás sabe lo importante que es el amor para la felicidad. No es un académico vulgar o un frío intelectual. Lo que pasa es que tiene mucha razón cuando dice: sólo amamos lo que conocemos. Pero eso es necesario juntar el entendimiento y la voluntad, el conocimiento y el amor. Y en una cosa está claro: el amor o la caridad es el colmo de la bondad, de la perfección. [...] La caridad es más excelsa que la fe. [...]

Tomás se interesó también por la política, el derecho, el Estado. Lo tenía claro: o se fundamentan en la justicia o son un desastre.

La historia le ha dado y le está dando la razón. El ser humano es un ser social y político. Por consiguiente, tiene que aprender a convivir. En las relaciones cortas la amistad es la forma más elevada de convivencia. Tomás entiende que la amistad es quizá el amor más gratuito.

En las relaciones largas no hay convivencia armónica si no está basada en la justicia. ¡La justicia! Para atinar con la justicia la ley natural no lo es todo, pero conviene consultarla. Santo Tomás tiene mucho que decirnos hoy sobre la justicia. Y también tiene mucho que decirnos sobre el Estado. Por ejemplo, que no es la fuente del derecho, sino su representante, intérprete y garante. Sobre la forma concreta de la organización del Estado dijo sensatamente que es una cuestión práctica, cuya solución dependen de las circunstancias de tiempo y lugar. ¡Bien dicho y con mucho realismo! [...]

De Tomás han quedado afirmaciones muy importantes para la teología y la espiritualidad cristiana.

La verdad es una. Por consiguiente, no puede haber dos verdades, una revelada y otra no revelada. Lo que pasa es que la frágil razón humana no puede descubrir la verdad total. Por eso Dios viene en su auxilio y se le ha ido revelando a lo largo de la historia de la humanidad. Pero no puede haber contradicción entre la verdad revelada y la verdad que los seres humanos vamos descubriendo a trompicones. Por eso Tomás juntó con tanto entusiasmo y con tanto acierto la razón y la fe, la revelación y las ciencias humanas.

La realidad es buena, es pura bondad. Este optimismo antropológico es quizá la mejor herencia que dejó Tomás a la teología cristiana. [...] De Dios sólo puede salir bondad, porque Él es “todo bien, sólo bien, sumo bien!” [...]

Tomás tiene una fe inquebrantable en el misterio de la encarnación de Dios: si Dios se encarnó en esta historia nuestra y asumió nuestra condición humana, es que no ha renegado de su creación. [...] Tomás no puede aceptar que el mundo y el ser humano sean radical y absolutamente malos, a pesar de la presencia del pecado. [...] Ya sabemos que el pecado está presente en la historia humana. También lo sabía Tomás de Aquino, pero él se mantuvo firme en afirmar que la gracia es más poderosa que el pecado. El pecado no pudo destruir la obra de Dios. “La gracia tampoco destruye la naturaleza, sino que la perfecciona” (Suma Teológica). [...]

Llegar a Dios sumo Bien y suma Verdad: eso es lo que Tomás deseaba al final de sus días. Nada más. [...] La Verdad con mayúscula. La había encontrado en Dios, porque mirando a Cristo Crucificado descubrió que en Dios estaba toda la Verdad y que en Él se reflejaban todas las pobres verdades de esta creación y de esta humanidad..